Felipe González A.

EL FARO

"Viajero no es el que parte
Sino el que se devuelve".

Rubén Jacob

Rodrigo se mató

Al amanecer de un día de febrero del 2004 me despertó un revuelo de voces en la casa de mis padres en Pudahuel Sur, donde pasaba el verano luego de mi primer año de Filosofía en la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso. Me levanté y vi a mi madre hablar por teléfono mientas un círculo de familiares de visita la rodeaba. Al poco rato de contestar había comenzado a subir la voz y a llorar y entonces todos despertamos. Cuando cortó, dijo: Rodrigo se mató. No pensé inmediatamente en el suicidio, pensé en una muerte accidental. La gente dice: el hijo del vecino *se mató* al subir el cerro, o bien, James Dean *se mató* conduciendo su Porche Spyder, o Isidora Duncan *se mató* absurdamente en la carretera, ahorcada por su bufanda y azotada contra el adoquinado. El carácter entusiasta y presuntuoso de Rodrigo lo ubicaba en el último lugar de potenciales suicidas en nuestra familia. Ni siquiera era de esos suicidas imaginarios o poéticos que piensan a diario en eliminarse, sopesan el dolor físico propio y el afectivo de los demás y se figuran todos los escenarios tras su muerte. A esos se les nota, su apariencia suele acoplarse al flujo del fantaseo y parecen capaces de suicidarse en cualquier momento, pero a la larga despliegan tanta imaginación que alejan los malos sentimientos y la consumación del acto. Había un par en la familia y si hubiesen dado el paso ellos, pasando

por un giro inusual aunque posible de la categoría poética a la pragmática, por cierto habrían provocado dolor, pero jamás sorpresa. Por lo menos no la sorpresa que provocó el supuesto suicidio de Rodrigo y que llevó a varias personas a decir: «¡Él no es de los que se suicidan!», o algo por el estilo. Y es que, además, en su caso, la duda parecía más que razonable, considerando el cúmulo de extrañas y truculentas circunstancias que rodearon sus últimos días e hicieron verosímil la tesis del asesinato.

Fátima

Mi primo Rodrigo, cinco años mayor, era hijo de una hermana de mi madre, mi tía Ana María. Como el resto de la familia, había nacido en Santiago, pero se trasladó a Valparaíso para vivir con su novia Fátima, un par de años antes de mi llegada. Fátima era porteña y Rodrigo la había conocido por Messenger. Pronto se casaron y él perdió todo contacto con su madre y con la familia. La relación entre ellos al parecer no era precisamente armónica. Al año de matrimonio Rodrigo descubrió algo espantoso sobre Fátima y decidieron separarse: él se cambió a una pensión de estudiantes y pese a todo siguieron viéndose. Cuando yo me trasladé a estudiar a Valparaíso por mi puntaje insuficiente para estudiar Literatura en Santiago, tuve la intención de contactarme con él. Había pensado proponerle vivir juntos, había imaginado hacer deporte con Rodrigo: correr por la avenida Altamirano, al borde del mar neblinoso de la mañana porteña con el olor a café de la fábrica Tres Montes, que para mí representaba, desde niño, durante el período de vacaciones, la negación de la tortuosa vida santiaguina. Pero nadie de la familia, incluida su madre, mi tía Ana María, sabía el paradero de Rodrigo ni su número telefónico. En ese tiempo no existía Facebook ni otras redes sociales que ahora permiten contactar a casi cualquier persona; hoy se hace imposible

estar ilocalizable y no verse expuesto, pero entonces no. Así que fui echando al olvido la idea de vivir —y de correr— con mi primo Rodrigo.

Más o menos a finales del primer semestre de clases, lo que en la Universidad de Playa Ancha se reduce a la mitad por los tradicionales paros estudiantiles, me encontré por casualidad con Rodrigo, uno de los tantos días ociosos en que yo caminaba por Valparaíso acompañado de Constanza, mi amiga-amante, a quien llamaba insecto o insectito incluso, por cariño. Mientras Constanza, el insecto comunista, negociaba el precio de una edición vieja del *Dieciocho brumario* en una feria de libros del Parque Italia, detrás de nosotros escuché la voz inconfundible de mi primo Rodrigo, que saludaba con su efusión característica a un vendedor de libros obviamente conocido. Me di vuelta, él me vio, se despidió del vendedor y se acercó a saludarme. Al abrazarlo sentí que yo había crecido demasiado o que él había perdido gran parte de su peso, porque pude rodearlo con facilidad. Había visto a Rodrigo por última vez tres o cuatro años antes y en ese lapso yo no había cambiado gran cosa, al menos mantenía la misma contextura. Lo acompañaba Fátima, según deduje después, una mujer menuda de apariencia elegante e inocente. La saludé, Rodrigo saludó a Constanza y luego Fátima se apartó mientras conversábamos. Constanza permaneció junto a mí. Quizá esos detalles miden con exactitud el amor de las personas —he pensado al recordar el encuentro, sabiendo lo que vendría—; quizá anuncian a escala menor pero infaliblemente cómo actuarán con nosotros en la adversidad, si nos ofrecerán la mano o nos darán la espalda. Le sugerí a Rodrigo

que nos viéramos ahora que yo también vivía en Valparaíso y le pedí su número de celular. No tenía, me respondió —en ese tiempo no era raro—, y en cambio me dio el teléfono fijo de una vecina de la pensión. Yo debía llamarla a ella si quería hablar con él, ella colgaría e iría a avisarle, él la acompañaría y esperaría junto al aparato mi segunda llamada, que yo debía hacer calculando unos diez minutos. A mí me pareció un procedimiento extremadamente engorroso y abusivo con la vecina y, en el fondo, una estrategia evidente para evitar el contacto, así que nunca hice la prueba. Me despedí de Rodrigo pensando que no lo vería más.

Un par de meses después volví a encontrármelo, esta vez en los pasillos de la universidad. Hubo nuevos saludos convencionales, nuevas frases hechas, nuevas complicadas formas posibles para vernos. Fátima —otra vez aparte— había estudiado Castellano y ahora solicitaba unos certificados de estudio, me dijo Rodrigo, y me propuso, para facilitar las cosas, coincidir en el Plan, la parte baja de la ciudad, en un bar que él frecuentaba, toparnos al azar «cualquiera de estos días». A ese bar jamás tuve tampoco la intención de ir, me pareció que Rodrigo proponía otra cita difusa para no sonar cortante y a la vez obstaculizar el encuentro. No por aversión a mí, esto siempre lo supe: habíamos pasado innumerables fines de semana juntos en la casa donde él y su madre vivían en Santiago Centro, en la calle Domeyko. En realidad, su idea era mantener a toda la familia alejada, en bloque, de su nueva vida, eso se notaba. Y de hecho, luego de la conversación en la universidad ya no supe más de él hasta la mañana en que alguien telefoneó a mi madre para informar de su muerte.

La prosa del mundo

Durante mi primer año en Valparaíso, el 2003, viví con unos tíos lejanos, ya mayores, en una casa ubicada en un pequeño pasaje cercano al cruce de Colón y avenida Francia. La casa era grande, oscura, y tenía un permanente olor a humedad mezclado con limpia muebles. La decoración, recargada de cerámicas —gatos y elefantes, pastores y ángeles—, era decididamente kitsch. Como mis tíos, dueños de una amasandería, trabajaban hasta tarde, y yo no tenía permitido invitar a nadie a la casa, cuando volvía de clases o de mis caminatas junto a Constanza —si no me quedaba a dormir con ella—, siempre estaba solo hasta media noche, leyendo y rodeado de antiguas presencias. Algunas benévolas y otras tenebrosas. Me las había señalado Rodrigo una lejanísima noche de verano, cuando coincidía en la casa un ejército de parientes. En plena oscuridad, mientras los demás primos ya dormían y los adultos conversaban, bebiendo, en el primer piso, desde una cama apenas separada de la mía por un pequeño velador, Rodrigo comenzó a relatarme historias secretas de nuestra familia. Entre otras cosas, me habló de una larga relación adúltera, consentida luego de una violación, a punta de amenazas; de un aborto obligado y casi infringido; de unos diminutos restos humanos lanzados a un perro para borrar toda evidencia. Ignorante de los

efectos de su relato, embriagado, cegado por la voluptuosidad de sus propias palabras, fue detallista, explícito, chocante. Y mientras hablaba me transmitía en parte su propia embriaguez, y despertaba en mí una especie de terror primitivo. Porque el mundo, tan simple a mis ojos, apareció por primera vez como un lugar donde suceden hechos espantosos y en ocasiones ocultamente, bajo acuerdo de víctimas y agresores. Esas imágenes irrumpieron largo tiempo en mis sueños, y cuando en la realidad veía a los personajes de la historia, experimentaba un confuso sentimiento de piedad e impotencia, de rabia ardorosa y lúgubre, que me provocaba hasta el más inocente de ellos. Mientras Rodrigo aún hablaba, me dije: los adultos no solo se dañan entre sí, sino que lo hacen a escondidas de los niños y ni los más perjudicados delatan luego la agresión. Los adultos, que tanto me habían hostigado por los efectos de mi torpeza motriz —líquidos derramados, loza hecha añicos—, eran capaces de cometer actos infinitamente más dañinos en su ámbito propio. Sentí una mezcla de miedo y fascinación al experimentar, por primera vez, el impacto que pueden causar las palabras dispuestas de cierta manera, y comprendí, por deducción, que ciertos conocimientos pueden aniquilarnos. Dios no nos envía sufrimientos insoportables, dice la fe popular, pero la verdad es que uno mismo debe sopesar sus fuerzas y evitar lo que pudiera sobrepasarlas. Aunque la mayoría de las veces los golpes desmesurados que nos llegan a través de las palabras resultan imprevisibles y no alcanzamos a huir de ellos. Lo hacemos tarde y equivocadamente, malinterpretamos las señales y pronosticamos un golpe menor, e ignoramos las

advertencias porque nos seduce la idea de ser remecidos. Al menos hasta cuando nosotros mismos tomamos parte en los hechos más atroces, sin posibilidad de salirnos, y protagonizamos los relatos, o comienzan a hacerlo quienes nos son queridos.

Aparición de Constanza

Al principio Constanza recordaba más a una universitaria libresca y cinematográfica que a una real, o menos a una real sin pretensiones que a una imitando estereotipos de libros y películas, lo que cultivaba con esmero. Del primer día de clases, cuando casi sin excepción los profesores obligan a los estudiantes a decir sus nombres y expectativas, recuerdo: su puntillosa dicción, su melena negra hasta los hombros, su chaleco azul con cuello en v sobre un beatle rojo y su falda plisada a cuadrillé. Además esto: cuando le preguntaron a qué filósofos había leído, mencionó, entre varios, a Kafka.

Una noche de las primeras semanas de clases coincidimos en una peña nocturna organizada por los estudiantes de Humanidades en el casino de la universidad. Creo que hasta entonces no habíamos cruzado palabra, pero yo sí había tenido un sueño erótico con ella (*a tergo*); al verla acercarse lo recordé y me puse nervioso, como si me hubiera descubierto, así que respondí a sus preguntas dirigiendo la mirada hacia la decoración de globos y ramas de pino, hacia las mesas con velas y manteles rojos. Junto al pequeño escenario vendían vasos de vino navegado y bebimos varios escuchando a una seguidilla de trovadores que interpretaban a Silvio y al Gitano. A las once, la hora límite impuesta por mis tíos, le dije a Constanza que no podía volver demasiado tarde a

la casa, a no ser que no volviera. Contestó, con una sonrisa falsamente reprimida, que le preguntara si podía quedarme con ella. Pensé que bromeaba: yo haría la pregunta y ella se negaría burlescamente, parecía capaz de esa crueldad. Sin la menor esperanza, pero dispuesto a correr el riesgo ante una suerte inaudita en mi primera fiesta universitaria, le pregunté a Constanza si podía quedarme con ella, repitiendo exactamente sus palabras, y recibí como respuesta una inesperada afirmación sin pizca de ironía.

Esa primera noche en su pieza, en una casa del cerro Concepción que Constanza arrendaba con su hermano, aunque habíamos tomado muchísimo, solo nos dimos besos durante un rato y nos dormimos sobre la cama. Al amanecer me despertó el haz que llegaba por el ínfimo rectángulo del tragaluz sobre la ventana fronteriza entre la pieza y el patio interior. Sentí, junto al malestar de la resaca, la extrañeza de despertar en el pequeño mundo de Constanza, corrido el velo de penumbra bajo el que había entrado en él hace algunas horas. La extrañeza de verla ahí, aún dormida, susceptible, ya sin la fingida sensualidad ni el aire artificiosamente presuntuoso; con la misma espontaneidad con que me diría luego, mientras desayunábamos en la cocina, que aún estaba enamorada de Carlos, su novio de adolescencia en San Felipe y desde el año anterior estudiante de Castellano en nuestra universidad.

El lanzamiento de las llaves

Después de colgar el teléfono y calmarse, mi madre nos contó el hecho central, sin mayores detalles. Con el tiempo ese relato se complementaría con todo tipo de datos provenientes de distintas fuentes: la confusa declaración de Fátima, los testimonios nada confiables de algunos testigos —un tipo que pasaba en auto, una pareja sentada varios metros más allá—, los rumores de origen desconocido, las conjeturas policiales y los antecedentes que la madre de Rodrigo, mi tía Ana María, logró recabar junto a un investigador privado. Algunos datos eran aceptables y aclaraban ciertos puntos, pero otros —la mayoría— eran contradictorios y hasta inverosímiles, y solo acrecentaban el desconcierto. El asunto, decían las primeras informaciones, fue que la noche anterior a la llamada a Santiago, Rodrigo y Fátima se reunieron en el faro de Playa Ancha, el más antiguo y potente del país —según leo en la *Lista de faros de la costa de Chile*— y casi como todos veteado de rojo y blanco. En esa época el lugar aún no había sido urbanizado, pude ver en uno de mis primeros paseos con Constanza, y no disponía de pavimento, ni de barandas, ni de faroles como en la actualidad, que es una plaza con mirador. De manera que solo a intervalos y tenuemente lograban verse las caras Rodrigo y Fátima, gracias a la luz indirecta del faro sobre sus cabezas. Al parecer discutían por

su decisión de vivir separados desde hace unos meses. En un momento la pelea se recrudeció con ofensas y reproches virtualmente infinitos: todo lo dicho en el pasado, con rencor o complicidad, con la mayor inocencia, ahora era usado en contra. Rodrigo, en un arrebato de ira, le lanzó sus llaves, las de él, a Fátima, justo cuando el haz luminoso del faro se retiraba y la oscuridad les impedía verse las caras o el contorno por algunos segundos. A Fátima las llaves le golpearon el pecho —cuántas veces me dije: le golpearon el corazón— y cayeron en la tierra; se agachó, las buscó a tientas en la oscuridad y las encontró al volver la luz. Mientras se levantaba, según dijo a Carabineros y a la Policía de Investigaciones, vio a Rodrigo correr a toda velocidad hacia el acantilado para luego dar un salto justo donde comenzaba el declive del terreno. Un salto hacia el mar, se entiende, para matarse. Pero meses después, a petición de mi tía Ana María, convencida de que el testimonio de Fátima era inconsistente y encubría su participación, el Instituto Geográfico de la Armada realizó ciertos cálculos y determinó que en el punto desde donde Rodrigo habría saltado, la pendiente no era lo suficientemente abrupta como para permitir que una persona —sin ser catapultada, ese ejemplo exagerado utilizaron— llegara desde ahí hasta el roquerío o, mucho menos, hasta el mar.

Afortunado

Llegábamos agotados a su casa luego de nuestras caminatas, a veces desde la universidad, varias cuadras con bajadas y subidas. Nos acostábamos, Constanza me abrazaba largo rato para descansar —me daba cuenta— de los pensamientos que la habían afligido durante el camino, sobre Carlos y su novia actual, Ingrid. Cuando lograba distraerse me besaba, como agradecida: el hombro, el cuello, y se subía sobre mí para besarme mejor bajo el mentón. Abría un poco más las piernas y me presionaba con su cadera, con cariño y atención al principio —me preguntaba si era así que me gustaba—: sus primeros gemidos respondían más al esfuerzo que al placer y poco a poco se transformaban en pequeños aullidos no convencionales, como la risa o el llanto de los sordos. Había dejado de escucharse, de nivelar el volumen y componer el tono, porque de nuevo pensaba en Carlos. Desde la primera pieza, la del hermano de Constanza, a la entrada de la casa, nos llegaba una música cada vez más nítida, viejas canciones de la Europa Central cantadas en yiddish. Habían comprado el disco durante un viaje a Cuba costeado por las Juventudes Comunistas, a las que los dos pertenecían. Más de una vez el orgasmo de Constanza coincidió con una canción en particular —«Mazl», se llamaba, he averiguado después, «Afortunado»— cuyo piano levísimo me sugería una melodía de cuna.

La voz lírica entraba sobre el piano y decía: cuando llega la noche, permanezco despierto, sentado y pensando, otro día que pasa, y el sueño soñado se ha ido en el viento. Mientras la oía aún más claro gracias al silencio absoluto de la casa, Constanza ya descansaba, vuelta hacia la pared en posición fetal, apoyando sus muslos en mi costado. Gradualmente se espaciaban los intervalos de su respiración hasta hacerse imperceptibles. Me prometía despertarla cuando terminara la música, para compensar mi desatención inicial; le besaría la nuca, levantaría su polera larga —recién puesta— hasta los omóplatos, humedecería con mi mano el espacio entre sus piernas juntas y dobladas. Pero yo mismo caía en el sopor y Constanza se adentraba cada vez más en el sueño, abandonada a una pena de la que ya no podría escapar ni defenderse. De nada servía ese canto que la invitaba a dormir para evitar el mal —infiltrado ahora en sus sueños—, o así parecían decirlo su rápido parpadeo, sus dientes apretados. Entonces, apenas modulando, le susurraba al oído —cubierto por el pelo todavía húmedo de las sienes— palabras que pudieran despertarla, como una canción de cuna invertida que, en todo caso, tampoco la consolaría, pues era de la vigilia que venía la pena.